

# LA IGLESIA ANTE LA POLITICA DE ESTADOS UNIDOS PARA EL SALVADOR

Jon Sobrino

## RESUMEN

*La Iglesia oficial en El Salvador no ha afrontado la creciente intervención de los Estados Unidos ni desenmascarado el presente plan de la Administración Reagan, aunque repetidamente ha condenado cualquier tipo de injerencia foránea. Sin embargo, de las declaraciones de Mons. Rivera se deduce el rechazo a la política de los Estados Unidos con respecto a El Salvador por sus consecuencias, y la exigencia del diálogo como punto esencial en cualquier solución. Esta postura ha sido defendida por Juan Pablo II, varios obispos de Estados Unidos y últimamente también por la CEDES. Es compartida por varios grupos eclesiales, incluidas las comunidades eclesiales de base, aunque éstas desearían una postura más claramente desenmascaradora de la intervención de los Estados Unidos. Por otra parte, un pequeño grupo de cristianos de clases dominantes la atacan y numerosos grupos eclesiales se desentienden de ella. Aunque la postura oficial de la Iglesia ha conseguido algunos logros en humanizar el conflicto, su palabra es débil porque contra ella se alza un poderoso aparato económico y propagandístico; pero lo es también por excesiva prudencia y abstracción en ocasiones, y por un insuficiente respaldo de todo el cuerpo eclesial, bastante inmovilizado en la actualidad.*

**1. La posición de Mons. Rivera.** Desde hace varios años la Iglesia salvadoreña, principalmente de la arquidiócesis, ha ido juzgando y reaccionando a la situación del país. Ya Mons. Chávez denunció que esa situación era pésima para las mayorías populares. Mons. Romero denunció fuertemente la situación de injusticia estructural y de violencia institucionalizada y avisó con claridad del inminente peligro de que se desatase la guerra. El 15 de octubre generó de hecho una sucesión de juntas de gobierno con una política de

'reformas con represión', en palabras de Mons. Romero, cada vez más dirigida por y supeditada a los intereses de Estados Unidos, y por otra parte una escalada en la lucha armada por parte de la oposición dirigida a una insurrección.

1.1. Con esta situación se encontró Mons. Rivera. Como sus antecesores ha denunciado la horrorosa situación del país y —lo que en su tiempo se ha hecho más evidente— la internacionalización del conflicto. La intervención foránea se realiza "según los intereses de las grandes

potencias" (21. 2. 82), con lo cual se agudiza el conflicto y se agrava espantosamente la situación para los salvadoreños, "blanco de muchos países y el conejillo de otros muchos" (21.3.82), de manera que "las superpotencias ponen las armas y el pueblo salvadoreño pone los muertos y la cuota de sufrimiento" (14.2.82).

Mons. Rivera ha condenado por igual cualquier tipo de intervención, pero no se le oculta la especial y especialmente inocultable intervención de EE.UU., aunque no la haya analizado separadamente ni la haya denunciado como la mayor y más decisiva intervención. Algunas afirmaciones suyas, sin embargo, lo dejan entrever. Sus quejas de que se reavive el proceso contra los asesinos de víctimas estadounidenses o la relativa disminución de la represión cuando Reagan debe certificar ante el Congreso, su comentario a la solución de la crisis del nombramiento del presidente provisional "con ayuda de padrinos" (2.5.82), su comentario a la visita de Reagan por Centroamérica: "los pueblos van tomando conciencia de su propia dignidad y auto-determinación" (5.12.82), muestran la grave dependencia del país con respecto a EE.UU. y la decisiva injerencia de EE.UU. en la conducción política del país.

1.2. Pero más allá de esas breves referencias Mons. Rivera considera que la política concreta de EE.UU. para El Salvador ha sido catastrófica por sus resultados. El plan o los sucesivos planes de EE.UU. para eliminar a la guerrilla, propiciar algunas reformas socio-económicas que eviten explosiones populares y forzar, para ello y para obtener cierta fachada política de legitimidad, mínimas reformas políticas no sólo no han mejorado la situación y encaminado al país hacia una solución, sino que han agravado aquella y alejado ésta. Mons. Rivera ha constatado semanalmente que sigue la represión, las capturas, las torturas, los desaparecimientos, la arbitrariedad e ineficacia en la administración de la justicia, los decretos injustos, los escuadrones de la muerte y el aparato represivo sustancialmente incontrolado; ha constatado que sigue la guerra con sus secuelas de muy numerosas víctimas entre los combatientes y sobre todo entre los civiles, el sabotaje y la destrucción de la economía, los desplazados y refugiados, la polarización social y la deshumanización del país. La política de EE.UU., por lo tanto, además de ser intervencionista, es catastrófica para el país. En este juicio, se analice o no explícitamente la política de EE.UU., se da la confrontación más importante entre Mons. Rivera y esta política.

1.3. Esta confrontación, de nuevo implícita, pero real, se ha expresado con más claridad en las diferentes propuestas de solución, elecciones y diálogo, términos que no sólo indican mecanismos de solución, sino toda una visión de la situación, sus causas y sus soluciones últimas.

a) Ante las elecciones de marzo de 1982 exigidas por la política de EE.UU., Mons. Rivera reaccionó mostrando muy serias reservas, aunque poco antes de celebrarse expresó una cierta esperanza, sin llegar a 'obligar en conciencia' a los ciudadanos a que fueran a las urnas (14.2.82), tal como lo exigía el comunicado de la CEDES del 23 de enero. Su reserva fundamental consistía en que las elecciones y todo el plan político diseñado para la normalización del país no estaban dirigidas ni eran por ello eficaces para solucionar la crisis "por la sencilla razón de que elecciones y guerra son problemas distintos" (6.12.81). Tampoco la campaña electoral ofrecía "una plataforma clara y definida" de los partidos políticos, con lo cual los ciudadanos no sabían qué iban a votar (14.2.82), pero, peor aún, indicaba que los partidos no tenían soluciones que ofrecer al país ni hacían de estos problemas el centro de su campaña. Los temores de Mons. Rivera —que los suele expresar frecuentemente formulándolos como esperanzas— eran que las elecciones no produjeran los resultados necesarios. Estos serían positivos.

"si la futura Constituyente, expresión, esperamos, de la mayor parte del pueblo, se convierte en una fuerza jurídica capaz de buscar e imponer al sangriento conflicto la solución política y jurídica más que simplemente militar, fuerza capaz de llamar al diálogo y a las vías de racionalidad; si la Constituyente futura se convierte en un poder cívico político no sólo de derecho, sino de hecho, y ejerce el poder real que hasta el momento ha estado subordinado a lo militar" (21. 2. 82).

El temor pronto se hizo realidad. Es cierto que Mons. Rivera felicitó al pueblo por su participación, sorprendente y masiva en su opinión, en las urnas. Pero en esa misma homilía dijo ya que el momento "está lleno de nubarrones, de incertidumbre, como cuando una tormenta se acerca", que "el problema no eran las elecciones en sí mismas, sino lo que seguiría después de las elecciones" (4.4.82). En semanas posteriores su preocupación fue en aumento: "estamos a un

mes de las elecciones..., la situación, sin embargo, sigue todavía lo mismo" (25.4.82), "no podemos continuar así como estamos" (16.5.82).

"Lamentablemente las elecciones no han ofrecido una solución a los problemas del país", dijo seis meses más tarde citando un informe de la comisión de derechos humanos de la OEA (10.10.82). No consiguieron sobre todo la ansiada paz, slogan con que se motivó al pueblo para ir a las urnas. A este respecto dijo Mons. Rivera "no queremos la paz de los cementerios" (2.5.82), como ya antes se había declarado en contra de una pacificación que significase el "exterminio" (21.3.82).

b) Frente a las elecciones, Mons. Rivera ha insistido en el diálogo (reconciliación, entendimiento, negociación) como medida imprescindible, complementaria a las elecciones, pero con cierta prioridad con respecto a éstas. Incluso la

esperanza mostrada a última hora en las elecciones del 82 se basaba en la previsión de que el poder político recayera en aquellos partidos, sobre todo la democracia cristiana, dispuestos a dialogar, cosa que no sucedió. Su apoyo al diálogo proviene sin duda de una visión cristiana y humanista que da preferencia a los medios pacíficos para resolver conflictos. Pero se debe también al deseo de acabar realmente con la guerra y sus secuelas y encontrar los medios eficaces para ello. "El problema más apremiante es el problema de la guerra y de la paz. Por consiguiente, ellos (los nuevos gobernantes) tendrán que abordar ese problema. Y entiendo que no lo podrán abordar si no es hablando con la izquierda" (7.2.28). Con esta argumentación realista respondía además al interesado argumento de que las elecciones son el verdadero diálogo y con el verdadero dialogante, el pueblo, recalcando que la voluntad popular



**"Ciertamente la política, no obstante la legitimidad de las elecciones pasadas, no ha cumplido con el verdadero objetivo y finalidad de toda política que es el de ordenar todas las cosas hacia el bien común,"**  
**Mons. Rivera.**



sobre la paz estaba clara y que de lo que se trataba era de terminar eficazmente con la guerra y de comenzar con una reconstrucción justa del país.

Después de las elecciones de 1982 el diálogo se convirtió en tema permanente y obsesivo de Mons. Rivera, en confrontación objetiva con la política oficial y de EE.UU.; y ahora con una nueva argumentación: las elecciones ni han resuelto los problemas ni llevan trazas de resolverlos, sino de empeorarlos. Por eso "urge el que las fuerzas en contienda busquen caminos de entendimiento por el bien de este pueblo" (16.5.82), llamado que repitió a pesar de que "no parece encontrar eco en la voluntad política de nuestros gobernantes" y que urgió "ante el rechazo de los dirigentes políticos" (3.10.82).

Una fugaz esperanza apareció cuando el mismo Mons. Rivera junto con otro obispo entregó el documento de diálogo del FMLN-FDR a los gobernantes salvadoreños. "Se vislumbra con más claridad la voluntad política por resolver el conflicto por caminos más humanos y democráticos en el enfrentamiento bélico... Ya hemos entrado en la hora del diálogo" (7.11.82). Sin embargo la llamada al diálogo fue desoída y la crisis se agudizó. En la primera homilía del presente año, haciendo un recuento de todo lo sucedido en el anterior y en tono más solemne que el normal, Mons. Rivera volvió a analizar los resultados del plan político oficial y a apelar al diálogo, saliendo al paso a quienes lo rechazan por inaceptable y comunista.

"Ciertamente la política, no obstante la legitimidad de las elecciones pasadas, no ha cumplido con el verdadero objetivo y finalidad de toda política que es el de ordenar todas las cosas hacia el bien común. Más bien parece que el bien del pueblo ha quedado en segundo plano para proseguir fines personalistas o fines de partido. El diálogo llamado interpartidario, que pudo tener alcances más significativos, se convirtió en una lucha competitiva por puestos claves que dieran a su partido la hegemonía, pero no para el bien común, sino más bien para el bien de los patrocinadores de esos partidos políticos.

"Yo quisiera decirles a los partidos políticos y a las fuerzas en contienda que no le tengan miedo al diálogo, que no estimen el diálogo como una fuerza de presión, ni como una vileza de cobardía, ni mucho menos que se le tenga como propiedad de

un sistema, como los que dicen que el diálogo es una proposición comunista... Este diálogo es necesario, no solamente oportuno; es difícil, pero es posible, a pesar de los obstáculos que la realidad nos obliga a considerar" (2.1.83).

c) En la actualidad la intervención de EE.UU. es paladinamente clara; la ayuda militar crece considerablemente y EE.UU. no sólo ha vuelto a imponer elecciones, sino a adelantarlas. El discurso de Reagan del 27 de abril no dejó lugar a dudas sobre la intervención, justificándola con el supremo argumento del peligro que corre la seguridad de EE.UU. De nuevo, Mons. Rivera no ha analizado ni desenmascarado esa nueva política de EE.UU., aunque en su primera homilía después del discurso de Reagan haya vuelto a condenar la injerencia de las superpotencias (22.5.83). Ciertamente no comparte la cierta esperanza que el discurso de Reagan produjo en el editorialista del semanario arquidiocesano **Orientación** (8.5.83). Su postura ante la nueva política sólo se puede observar, por lo tanto, indirectamente; pero para ello hay algunos indicios.

Por lo que toca a la ayuda de países extranjeros comentó, con ocasión de la implicación de soldados hondureños en el conflicto salvadoreño, "Cuántas veces hemos dicho también a los países hermanos que limiten su intervención a la ayuda económica, no a la lucha armada" (4.7.82). Con respecto a las anunciadas y adelantadas elecciones recordó a los políticos que se aprestan a ellas que dejen de alabar el 28 de marzo y lo evalúen "para evitar nuevos fracasos" (17.4.82). Con respecto a las numerosas comisiones (de derechos humanos, de paz, de amnistía) creadas para normalizar y pacificar el país, la actitud de Mons. Rivera no ha pasado de alabarlas rutinariamente, pero sin esperanza convencida. De hecho, él no participa en ninguna de ellas, lo cual hubiera sido verosímil y aun una obligación moral, si esperase de ellas frutos importantes para la paz y el respeto a los derechos humanos. Pero su desconfianza es profunda. Con relación a una anterior comisión de amnistía comentó: "Desgraciadamente a mi me consta que algunos elementos que se beneficiaron de esa disposición... después fueron buscados y matados" (16.5.82). Y con relación a la actual ley de amnistía ha dicho que es insuficiente y que, sobre todo, deben ser abolidos decretos injustos, como el 507. (22.5.83).

1.4. Esta posición de Mons. Rivera supone un objetivo rechazo, sustancial aunque no total, de la actual política de EE.UU. para el país. El rechazo se debe sobre todo a los catastróficos resultados de esa política para el país, lo cual, por otra parte, tampoco le lleva a romper absolutamente con los gestores de esa política ni a dejar de alabar la finalidad, 'en sí misma' buena, de las reformas —ante las cuales siempre se ha expresado cautelosamente— y de medidas de paz y de reconciliación.

Esto no quiere decir en absoluto que Mons. Rivera haga suyo el plan de la izquierda. A ésta le ha criticado el sabotaje económico, la desestabilización e intranquilidad que causa en el país, los actos de ajusticiamientos y la violencia física desproporcionada —aunque por lo que toca a lo que es estrictamente 'represión', más ha criticado la proveniente del lado oficial— y una supervaloración del apoyo popular. Se ha alegrado de su oferta de diálogo, pero ha añadido que el diálogo lo pide la Iglesia con independencia del FMLN-FDR; y ha exigido también a éstos que pongan signos de querer realmente el diálogo y no sólo de intentar forzarlo mostrando prepotencia militar. También a la izquierda acusa de estar propiciando el intervencionismo de otras potencias, aunque tampoco aquí, como en el caso de EE.UU., lo haya analizado y ponderado.

**2. Otras posturas eclesiales.** La posición descrita de Mons. Rivera puede considerarse como la postura 'oficial' de la Iglesia. Con relación a ella vamos a describir la postura de otros estamentos eclesiales.

2.1. La CEDES en cuanto tal, apoya esa postura, o al menos el mínimo del diálogo, desde su mensaje de julio de 1982. Con anterioridad había apoyado con más entusiasmo las elecciones, llegando a obligar en conciencia a ir a las urnas. En lo particular, sin embargo, Mons. Aparicio ha tomado posturas claramente contrarias al diálogo "porque sería entre criminales y el Estado" (29.1.83) y desearía una mayor intervención de EE.UU. para frenar el comunismo. Mons. Alvarez, obispo castrense y coronel del ejército, en su práctica cotidiana favorece con claridad las posturas del gobierno, de la Fuerza Armada y de EE.UU. Otros obispos han apoyado el diálogo, pero sin suficiente vigor o haciéndolo en el fondo secundario —como tarea de la Iglesia— al diálogo y reconciliación intraeclesiales.

**Obispos católicos y líderes protestantes** de otros países, sobre todo en Estados Unidos, han seguido sustancialmente la línea de Mons. Rivera y en ella se han apoyado, aunque por su misma responsabilidad internacional han denunciado con más claridad la intervención de EE.UU. y las consecuencias de su política (represión, guerra, inutilidad de las elecciones); positivamente han enfatizado la necesidad de una solución política, no militar, y aquélla a través de diálogo y negociaciones.

Por citar sólo algunos ejemplos recientes, Mons. Hickey, arzobispo de Washington, afirmó el 7 de marzo de este año ante subcomités del Congreso, hablando en nombre de toda la Conferencia Episcopal, que "estamos convencidos de que para los Estados Unidos existen otras alternativas distintas a las que promueve la Administración en el momento actual. Estas significan que los Estados Unidos debieran hablar más de terminar con la violencia y menos sobre continuar la guerra con gran incremento de ayuda militar y más asesores norteamericanos". Pidió a los Estados Unidos que "promuevan el diálogo, insistan en un cese al fuego y apoyen una solución negociada al conflicto". En Canadá diversas personalidades religiosas, católicas y protestantes, escribieron al embajador de Estados Unidos el 24 de marzo con esta petición: "Urgimos a la Administración de los Estados Unidos a apoyar claramente el diálogo y las negociaciones entre todas las fuerzas políticas en El Salvador en vez de proseguir su actual política de intervención militar". En Inglaterra el Consejo Británico de Iglesias aprobó a finales de marzo una resolución en que se pide "el cese de la ayuda militar y de la intervención de los Estados Unidos en El Salvador... el apoyo a iniciativas para soluciones políticas negociadas entre todas las partes en el conflicto salvadoreño".

Esta postura oficial ha sido confirmada y sancionada por **Juan Pablo II**. En su mensaje del 6 de agosto de 1982 —positivamente silenciado por el gobierno, partidos políticos, fuerza armada, oligarquía y gobierno de EE.UU.— enfatizó que la causa de los conflictos es interna, "las situaciones de injusticia social"; condenó el enfoque maniqueo del conflicto, denominándolo "guerra fratricida"; condenó la metodología de la violencia, oponiéndole a ella los métodos de la paz "que debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia, debe estar animada por el amor, debe hacerse en la libertad"; diferenció la finalidad de la violencia en la frase más audaz



desde los tiempos de Mons. Romero: “de un lado a cuantos consideran la lucha armada como un instrumento necesario para conseguir un nuevo orden social, y al otro lado a cuantos recurren a los principios de la “seguridad nacional” para legitimar represiones brutales”. Aunque mencionó “las nuevas perspectivas institucionales abiertas al país”, enfatizó la reconciliación, sobre todo “entre hermanos que empuñan las armas”, lo cual fue interpretado por Mons. Rivera como aval a la tesis del diálogo (15.8.82).

En su viaje a El Salvador, sus palabras no fueron tan claras ni tan duras para el gobierno y la Fuerza Armada —institución a la que, por cierto, no se refirió en todo el viaje por Centroamérica—; no mencionó la represión oficial como forma de violencia; su condena al intervencionismo foráneo fue genérica. Pero si algo dejó en claro y si algo ha quedado como positivo entre el pueblo es su llamado a la paz y su llamado al diálogo como medio principal para lograrla. Es cierto que tuvo que introducir a última hora palabras que expresaban votos “para que las medidas anunciadas en el discurso del Señor Presidente y todos los demás medios adecuados, contribuyan al ordenado y pacífico progreso de la sociedad”. Pero lo que más enfatizó en su homilía —explicitando lo que entendía por ‘los demás medios adecuados’— fue la necesidad del diálogo, diálogo verdadero, diálogo con las condiciones que enumeró, que no tiene por qué ser sin más el diálogo ofrecido por el FMLN-FDR, pero diálogo al fin. Para que no quedase ninguna duda afirmó al final de la homilía que “nadie debe ser excluido del diálogo por la paz”, texto corregido por algunos sustituyendo la palabra ‘diálogo’ por la de ‘esfuerzo’.

2.2. Varios grupos eclesiales en El Salvador apoyan esta postura oficial en lo sustancial y trabajan por ella, aunque a algunos les parezca mínima y en ocasiones ambigua y deseasen, por lo tanto, una posición más clara e incisiva en el desenmascaramiento del actual proyecto de EE.UU. La apoyan activamente la dirección de la curia arzobispal, un grupo de sacerdotes y religiosos y un mayor número de religiosas en contacto directo con el pueblo sufriente en las comunidades, refugios y zonas conflictivas, algunos pero significativos colegios, la UCA, la Tutela Legal del Arzobispado, Justicia y Paz, Socorro Jurídico Cristiano e instituciones afines. También la apoyan numerosos comités de solidaridad en Europa y América.



Especial importancia tiene la reacción ante la postura oficial de los cristianos del pueblo pobre, que más han trabajado y se han comprometido en el pasado y en el presente con la opción por los pobres y el proceso de liberación, que mayor persecución han sufrido en el pasado y en el presente, que más afectados directamente se ven hoy por la represión, las capturas, la guerra con sus operativos, bombardeos y éxodos, que más existencialmente echan en falta a Mons. Romero. Esos grupos cristianos viven en comunidades de base, en los suburbios de la capital y en algunos pueblos, en los refugios y en las zonas de guerra. Su postura eclesial hacia el actual proyecto político-militar y, especialmente, hacia la intervención de EE.UU. es, en diversos grados, más agresiva que la de Mons. Rivera. A veces desearían más claridad y valentía en la postura oficial, menos neutralismo y más comprensión del proceso revolucionario; muchos de ellos no ocultan mayor simpatía por la revolución que por cualquier otra solución, algunos de ellos son



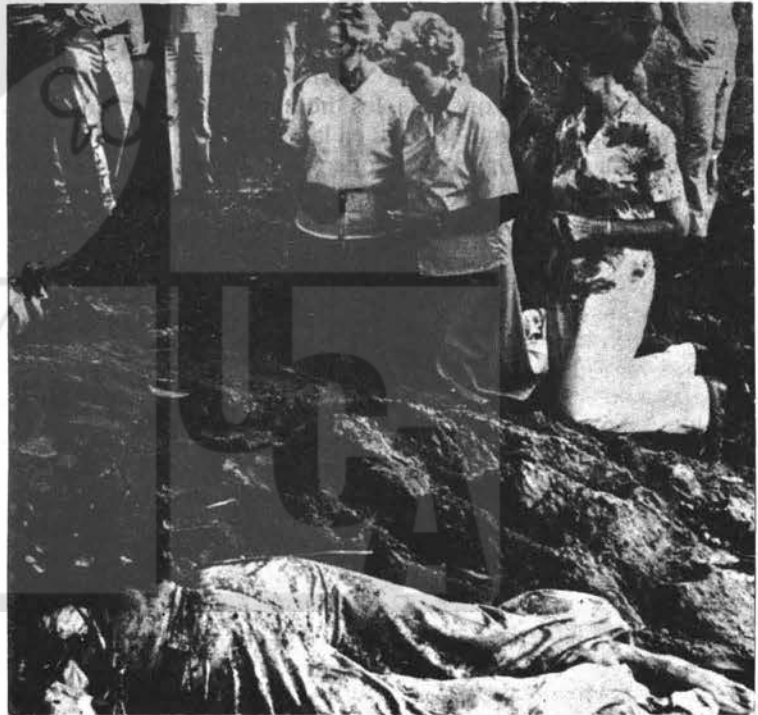
combatientes. Pero con todo ello han apoyado la postura de Mons. Rivera porque, negativamente, supone al menos un freno a la política oficial y, positivamente, porque sólo el diálogo puede generar, en definitiva, algunos valores necesarios para la convivencia y la reconstrucción en el futuro. Esto lo han expresado repetidas veces, lo cual indica ya un notable interés eclesial, que contrasta con el silencio y apatía de otros grupos eclesiales ante la postura de Mons. Rivera.

Ante el anuncio de la visita de Reagan al Vaticano, las Comunidades Cristianas de El Salvador escribieron a Juan Pablo II que "también son responsables las últimas administraciones en el poder de los Estados Unidos, que con su ayuda militar en armamento bélico y asesores militares no han solucionado el conflicto; al contrario lo han agudizado más". Por ello dicen respetuosamente a Juan Pablo II que "nosotros le rogamos a usted en nombre del pueblo asesinado y masacrado y de Dios que sufre junto a nosotros, que renueve ante el presidente Reagan la misma peti-

ción que Mons. Romero hiciera a J. Carter: 'Le pido que si de verdad quiere defender los derechos humanos prohíba se dé esta ayuda militar al gobierno salvadoreño'" (16.4.82, en **Carta a las Iglesias** n. 18, p. 13ss). Y de forma más gráfica y patética lo mismo escriben al Papa comunidades campesinas en zonas de guerra.

"Que nosotros acá por el derecho de ser católico y catequista y que nos amemos unos con otros y denunciemos las injusticias, somos subversivos y entonces somos asesinados. Ahora le pedimos en nombre de todos nosotros que nos ayude.

"Por medio de Dios y de usted, que suplique a todos los países del mundo y al señor Reagan que ya no masacre más a este pueblo salvadoreño con su ayuda que nos manda, con aviones, bombas, tanquetas, cañones, ametralladoras y otras cosas más que usan para asesinar a nuestros hermanos aquí en El Salvador, que no les importa



**"Que nosotros acá por el derecho de ser católico y catequista y que nos amemos unos con otros y denunciemos las injusticias, somos subversivos y entonces somos asesinados. Ahora le pedimos en nombre de todos nosotros que nos ayude." De las comunidades cristianas a Juan Pablo II.**

matar mujeres embarazadas, niños y ancianos indefensos, unos tirados a los ríos, otros a lo profundo del mar, otros comidos por los perros y los zopilotes. Las calaveras ruedan como piedras" (13.10.82; *ibid.*, n. 31, p.6).

Es evidente que para estos cristianos las elecciones, por la experiencia generalizada y sobre todo la propia, no han solucionado los problemas del país. Tampoco ven ninguna solución por ese camino; pero, por otra parte, ven en la guerra un mal que genera muy graves males. Por eso, por espíritu cristiano, también por cansancio y por necesidad humana, muchos de estos cristianos apoyan el diálogo, aunque desean que triunfe la causa de la revolución y en algunos casos el interés por el diálogo disminuya ante expectativas de triunfo militar. "Nosotros queremos que haya reconciliación y diálogo. O sea que nos pongamos a platicar y a vivir como hermanos y no que nos tratemos como fieras, siempre peleando. Queremos que haya diálogo para conseguir la justicia y la paz" (Comunidades Cristianas, *ibid.*, n. 32, pp. 12s). Y en Morazán, comunidades campesinas en guerra hacen una campaña de oración y ayuno para "pedirle a Dios que mueva los corazones de los hombres de buena voluntad para que se unan en la búsqueda de una salida política negociada que ponga fin a esta guerra sangrienta" (*Ibid.*, n. 30, p.8).

2.3. Otros grupos no siguen la línea oficial. Algunos, los católicos de las clases adineradas y dominantes y el pequeño grupo de sacerdotes y religiosos a su servicio, porque se identifican plenamente con el interés de EE.UU. de eliminar a la izquierda, alejar para siempre al comunismo como el peor de los malos y mantener, en la medida de lo posible, el *status quo* de privilegios. Otros, muchos más en número, por cansancio, por el introyectado miedo al marxismo que pudiera triunfar en el diálogo, por el recuerdo todavía reciente de la persecución que genera todo serio compromiso eclesial, aunque fuese tan ponderado como el del diálogo, se desentienden de estos problemas. Trabajar por terminar la guerra racionalmente no lo consideran como tarea eclesial ni menos como la "prioridad" de que habló Mons. Rivera en su toma de posesión (8.4.82). Con ello no sólo no prestan un servicio eclesial al país, sino que realizan el deseado movimiento involutivo de la Iglesia hacia sí misma, abandonando el mundo a su miseria, tan propiciado por EE.UU. Así se entiende también el en-

tusiasmo folklórico y superficialmente religioso de esos grupos durante la visita del Papa y el rápido olvido de lo sustancial de su mensaje en favor de la paz y del diálogo, y el trabajo por ambos. Estos grupos no siguen —aunque sólo los más retrógrados la ataquen en público— la línea de Mons. Rivera.

3. La eficacia de la postura de la Iglesia. No es éste el momento de analizar teológica e históricamente la postura y posturas de la Iglesia y sus causas; pero digamos para terminar al menos una palabra sobre su eficacia, pues lo que le interesa a la Iglesia es resolver la crisis del país, teóricamente al menos más incluso que la propia crisis interna que el conflicto le ha ocasionado, la persecución que continúa, como reconoció Mons. Rivera (2.1. 83), aunque mitigada con relación a años anteriores.

3.1. La Iglesia no ha conseguido, por supuesto, que cese la guerra y la represión, ni la destrucción económica, ni la anulación de decretos inicuos. Ni siquiera la visita del Papa logró algo notable a las inmediatas, pues el mismo día de su visita hubo hechos represivos, y después de ella —tras unos días de aparente mejora que dio esperanzas a Mons. Rosa— aumentó de nuevo el número de muertos y las acciones militares; poco después de ella también, Reagan pronunció su conocido discurso sobre Centroamérica, más amenazante y peligroso que los anteriores.

La postura de la Iglesia ha podido ser eficaz en que no empeoren todavía más los derechos humanos, en solucionar algunos casos, en introyectar cierto grado de humanización en el conflicto, de hacer y tratar bien a los prisioneros, por parte del FMLN, por ejemplo. Ha ayudado ciertamente en posibilitar asistencia humanitaria a las víctimas de la guerra, refugiados, desplazados, exilados, cuya situación sería probablemente todavía peor sin la Iglesia.

Aunque la Iglesia no ha atacado frontalmente a la administración Reagan, el rechazo objetivo a las consecuencias de su política y el desenmascaramiento de sus principales presupuestos (origen de la crisis inducido desde fuera, juicio maniqueo sobre los contendientes, solución militarista) ha dificultado al menos la realización de ese plan. La solidaridad eclesial que ha generado, sobre todo en los Estados Unidos y sus obispos, ha supuesto un freno sin duda a su política, o al menos no la está facilitando, como, por poner otro ejemplo cercano, el actual silencio de los obispos nicaraguenses que facilita ob-



jetivamente el apoyo de EE.UU. a la contrarrevolución.

3.2. La eficacia de la postura de la Iglesia reside en último término en el poder de su palabra. Lo positivo que ha originado ya se ha mencionado. Pero también hay que analizar su debilidad. La palabra de la Iglesia puede ser y es con frecuencia manipulada, diluida y cooptada con relativa facilidad por los medios de comunicación. Esa palabra tiene en su contra un poderosísimo aparato con inmensos recursos económicos, militares, diplomáticos. Es una palabra amenazada y actualmente debilitada.

Pero su grado de debilidad le viene también desde dentro. Con frecuencia la postura oficial es demasiado universal y abstracta, sin cuantificar y cualificar lo bueno y lo malo de uno u otro lado; poco analítica teológicamente, quizás porque se expresa más en homilias y breves mensajes que en extensas cartas pastorales que permiten y exigen mejores fundamentaciones sobre todo por lo que toca a esclarecer conceptos claves como 'violencia', 'represión', 'terrorismo', 'guerra', todos ellos condenados, pero sin jerarquizar ni distinguir, sin analizarlos en su cantidad y calidad, mezclando fácilmente lo que es estrictamen-

te guerra con lo que es represión; poco acompañada de gestos dicentes, como en el caso del viaje del Papa, quien pública y largamente apareció con los de un lado, pero no con los del otro; temerosa de la confrontación directa, exigida en algunas ocasiones por acontecimientos importantes para el país, como es el último discurso intervencionista de Reagan, o para la Iglesia, como es otro reciente discurso 'teológico' de Reagan ante la Asociación Nacional de los Evangélicos o las declaraciones del Vicepresidente Bush y del Secretario de Estado Schultz sobre los sacerdotes que denominan marxistas en América Latina. Todo ello puede resumirse diciendo que aparece más una actitud ético-práctica que evangélico-profética. Esto puede deberse a la intención de la Iglesia de no exacerbar más los ánimos, poder así facilitar el diálogo y ser quizás instrumento eficaz en que se lleve a cabo; la postura indicada, además, aunque moderada y ponderada, ha supuesto ya a la Iglesia amenazas y persecución. Pero con todo, estas actitudes debilitan su palabra, la Iglesia no aparece como una seria amenaza al injusto *status quo* y a la larga éste lleva a la Iglesia a su terreno y la puede utilizar en su favor.



Otra fuente de su debilidad es el insuficiente apoyo intraeclesial. Ya hemos visto que la postura oficial tiene considerable apoyo de grupos importantes, y apoyo más meritorio de los cristianos considerados como izquierdistas. Pero otros la atacan y un buen grupo de cristianos se desentienden de ella. Todo esto la debilita; puede ser considerada como 'una' entre otras palabras, a la cual siempre se le puede oponer otra palabra eclesial. En cualquier caso hace falta la 'masividad' de esa palabra, que la potencie y haga resonar como palabra de un decidido cuerpo eclesial, dispuesto a trabajar por ella. La Jornada por la Paz que propició la Arquidiócesis en enero fue excelente por su espíritu y finalidad, pero sólo movilizó a un par de centenares de cristianos.

Una palabra vigorosa de la Iglesia es necesaria para el país y para los que más sufren en él. La palabra oficial ha tocado los puntos fundamentales de la crisis salvadoreña, con suficiente valentía en un país en que cualquier palabra disonante es peligrosa, con insistencia y esperanza. Pero esa palabra ha sido también con frecuencia en exceso prudente y moderada y por ello no todo lo esclarecedora que pudiera y debiera ser. La prolongación y agravamiento de la crisis exige que se potencie la palabra de la Iglesia, que gane en claridad y concreción, y que movilice cada vez a más y más cristianos y hombres de buena voluntad dispuestos a trabajar en favor de la justicia y de la paz.

